

**LA HISTORIA DEMOGRAFICA
AL SERVICIO
DE LA HISTORIA SOCIAL**

María Luiza Marcilio

Introducción: arqueología de una historia cuantitativa y social, 1890-1960

El lugar de la historia no cesa de crecer. La omnipresencia del espíritu histórico se hace sentir cada día con mayor claridad. Ningún sector de nuestra vida escapa a la historicidad, lo que naturalmente lleva a la aproximación de la historia con otras formas de conocimiento, con otras ciencias. La búsqueda de tal interdisciplinariedad es, sin embargo, un fenómeno relativamente nuevo dentro de nuestra antigua ciencia. Al respecto, intentaré recordar rápidamente los orígenes y las etapas de esa evolución antes de hablar de la revolución de los métodos de hacer historia introducidos por la demografía histórica.

A lo largo del siglo XIX nacieron y se afirmaron las ciencias humanas. La historia, la más antigua de todas aquellas disciplinas, siempre se esforzó en dar a conocer el pasado. Mas, ¿cuál debería ser la duración histórica a elegirse si el volumen de documentos ligados a las actividades del hombre aumenta extraordinaria e incesantemente? Esta se situó en el plano de lo que es llamado comúnmente la problemática y, como elección cada vez más consciente, constituyó la gran adquisición de la historia en el último siglo.

Históricamente, en el seno de nuestra disciplina, a la cual se yuxtaponen tantos dominios progresivamente heterogéneos, el privilegio de transformar por primera vez la historia, de dar nacimiento a una nueva forma de hacer historia, pertenece a la historia económica. Lo que se debe seguramente al hecho de ser la ciencia económica, entre todas las ramas de la joven ciencia humana, la primera en constituirse en un campo de doctrina coherente.

La economía política nació en Inglaterra, en el despliegue de la Revolución Industrial de fines del siglo XVIII y de las primeras décadas del XIX. Entre Adam Smith y David Ricardo se sitúan los primeros inicios de una formulación conceptual rigurosa. La ciencia económica es la primera ciencia humana que al constituirse cuenta con un aparato matemático. Bien elaborada durante la primera mitad del siglo XIX, Marx puede colocarse frente a ella como crítico. Así, del socialismo utópico al científico se constituye una ciencia económica sólidamente estructurada.

Por otro lado, en los años de 1890, hace su primera aparición en la historiografía la preocupación por la historia económica. En las grandes historias nacionales de Europa, un capítulo económico gana tímidamente el derecho de ciudadanía, en medio del discurso consagrado al Estado.

Esta arqueología de la historia económica (que es también de la historia cuantitativa) y su aparición discreta como un apéndice económico en el seno de una abundante producción histórica, está ligada a la mutación de las sociedades industriales después de la revolución de los ferrocarriles. Tal aparición es contemporánea del desarrollo del pensamiento económico, ligado a la importancia económica y social de la gran crisis del capitalismo mundial de los años setenta, que afectó a la economía política liberal y a su crítica marxista, desempeñando dicha depresión un papel fundamental a nivel de las motivaciones.

Pero es preciso constatar que el movimiento recibido del impulso de los años finales del siglo pasado no consiguió hacer salir la historia económica de su imprecisión. Esto sucederá en los años que siguen a la otra gran crisis, la de 1929-1932. Así, podemos afirmar que la historia, ciencia humana federativa de nuestro tiempo, nació en los años de 1929, hija de la angustia y la infelicidad de la época, dentro de la atmósfera dolorosa de una crisis de dimensiones enormes y repercusiones infinitas.

Los grandes historiadores económicos que marcaron la historia con sus enseñanzas y sus trabajos (la generación de historiadores de las décadas de 1930 en adelante), iniciaron su producción en la atmósfera de la gran crisis económica. Pensamos especialmente en Labrousse, Braudel y Hamilton. Sus influyentes obras fueron pensadas, concebidas y salidas del clima de 1929.

Recordemos las invenciones, las difusiones y cambios profundos provocados en esos años de crisis por la teoría de la relatividad en la física, por la revolución del antibiótico y de la penicilina, de la cibernética o de Freud, para quedarnos en algunos ejemplos interligados. Sin dejar de mencionar otro, el de la grave crisis demográfica. En los años que siguen a 1930, casi todos los países industriales tuvieron bajos coeficientes de reproducción humana. Con tasas de crecimiento de 0.4 ó 0.5 en algunas grandes capitales de Europa, tales cambios de comportamiento, destruidores de la vida, se traducen en momentos de crisis. Y, del otro lado del planeta, en el hemisferio sur, los países colonizados y dependientes conocen otro tipo de cambio. El fenómeno de la caída constante y rápida de la mortalidad acarrea un inicio de crecimiento cada vez más acelerado de sus poblaciones.

Siempre existieron correspondencias entre la historia que se escribe y aquella que se vive; entre el sistema de civilización de la historiografía y la organización del pensamiento en el discurso histórico. Por eso mismo, la moderna historia económica nació entre 1929-32, con la gran empresa de la historia de los precios, que buscaba las extensas series finas, nerviosas, complejas, remontando el tiempo hasta donde los datos permitiesen. La obra colectiva que caracterizó ese período fue la creación en 1929, por Marc Bloch y Lucien Febvre, de los *Annales d'Histoire Economique et Sociale* cuya influencia fue considerable. En esos años Francois Simiand perfeccionó su

teoría de los movimientos de larga duración llegando a la famosa formulación de las fases de la historia.

Esa historia económica incipiente, sistemáticamente cuantitativa, consigue dos avances esenciales. En primer lugar, se realiza la unión entre un ramo de la historia y una ciencia humana del presente. La historia económica acepta aplicar al pasado modelos concebidos sobre el análisis matemático de datos cuantificables de la actividad económica. En segundo lugar, la historia gana una predilección por el movimiento y la dinámica coyuntural. Esa nueva forma de historia es una historia de movimiento y de variación de la estructura fluctuante de la economía.

Otra innovación fundamental en las normas de hacer historia es hija también de los años de 1929-30: la génesis de la remota historia geográfica, debida al genio inventivo de Fernand Braudel. La geo-historia descubre el espacio desligado del Estado, el verdadero espacio del ser humano en relación a la tierra, al clima y a las cosas, encima de un marco nacional limitado. Ella introdujo en la historia la noción de tiempo muy largo, casi geológico; del tiempo inmóvil, en oposición dialéctica al tiempo corto de la dinámica coyuntural económica. Las investigaciones en esa área produjeron en la época de 1950-60 obras importantes, tanto de micro-espacios como también de macro-espacios oceánicos. Recordemos aquí solamente los trabajos de Braudel, Pierre Chaunu o de P. Monbeig en ese sentido.

Tanto la historia económica como la geo-historia dejaron marcas profundas en la forma de hacer historia predominante en el período de 1930 a 1960. Tanto una como la otra, sufrieron cambios vitales y su papel hoy casi se asemeja al de la historia política de la primera mitad de nuestro siglo.

El surgimiento de la historia demográfica en el cambio de la historiografía de los años de 1960.

En las dos últimas décadas, por lo menos un factor básico dirige el cambio de la historia: el desarrollo y la madurez de las demás ciencias sociales, en plena ascensión. La historia que se construye hoy busca establecer lazos con la sociología, la antropología, la psicología social, la lingüística y la demografía, sacando provecho de los medios extraordinarios que ofrece el computador. La vulgarización del microcomputador más recientemente, colocó en la mesa del historiador un instrumento de ayuda poderosa para, en pocos minutos, cruzar, seleccionar y clasificar variables e informaciones almacenadas.

El nuevo cambio y ruptura en las formas de hacer historia se sitúan, pues, con toda seguridad en los años de 1960. Allí están, como nos dice Pierre Chaunu, las tentativas de salto al "tercer nivel", a saber, la recuperación de lo afectivo, de lo mental, de lo psicológico colectivo, en otras palabras, de los sistemas de civilización.

Ese cambio reciente emerge de la aplicación de los campos de interés, de adaptación de métodos seriales, de la aproximación cada vez más estrecha y al mismo tiempo cada vez más amplia de la historia con los mecanismos, los instrumentos y la problemática de otras disciplinas: de la demografía a la sicología y sensibilidad colectiva; de la etnohistoria a la lingüística; de la medicina social a la sexología; de la ecología a la semiología gráfica; de la cultura y religiosidad popular a las diferentes teologías. Varias aproximaciones son posibles y aún necesarias. Limitémonos aquí a recordar algunas de ellas a título de ilustración.

En los centros de investigación de vanguardia son evidentes los estudios sobre el sexo, la vida y la muerte que vienen comandando los cambios más profundos. Las obras pioneras en ese sentido son las de Michel Vovelle, de Francois Lebrun, de Jean Marie Govesse, de Philippe Aries, de Peter Laslett, de Jean Louis Flandrin, de Alberto Tenenti, de Philippe Wolf, para sólo citar algunos de los nombres más notables. Se verifica una convergencia de estudios sobre la pareja, la miseria, la muerte, el sexo, puntos de partida de estudios científicos sobre los sistemas de civilización del pasado.

Una vez más, vemos la historia, a través de la elección de los historiadores, responder a las angustias de una época, esforzarse por realizar su misión de servicio.

Bajo un cuadro general de disminución de las fecundidades en las áreas de mayor desarrollo, los cambios tecnológicos precipitados por el computador, que ayuda a acelerar el ritmo de las mutaciones, la crisis material y espiritual de nuestro tiempo se lee en la relación entre los sexos, en las dificultades del Tercer Mundo, en la crisis a nivel de los Estados, de los Partidos, de las Iglesias y de todas las estructuras coherentes de sociabilidad.

Esa crisis alcanzó el conjunto de los países industriales, como igualmente las áreas dependientes. La interrogación se sitúa a nivel de las motivaciones. El crecimiento como fin es puesto en cuestión y el progreso material infinito, en duda. Respondiendo a estas angustias, una nueva historia, cuantitativa o no, se liga a los contenidos. Como, por ejemplo, el contenido de los lenguajes (en estrecho vínculo con la lingüística), de donde sale una de las fructuosas aproximaciones interdisciplinarias que se liga al discurso colectivo, al discurso académico, al discurso político, al discurso teológico, al discurso sobre la vida, el amor, la muerte.

En la vida, en el amor, en la muerte, en las palabras como en los gestos, está lo esencial de una civilización. La historia nueva busca aproximarse a la sicología colectiva, se asocia a todas las ciencias humanas, utiliza los medios que le ofrecen la estadística, la electrónica, el computador, sin renunciar al buen texto y a los documentos trascendentales.

De todas las uniones entre la historia y las demás ciencias humanas, ninguna ha sido más fructuosa que la efectuada con la demografía. El ser

humano que la historia busca es ofrecido por la demografía histórica frente a él mismo y ante la sucesión de las generaciones.

Ligada con la historia, la demografía nos lleva en dirección de lo esencial. Toda la historia de los humanos está ahí, en la vida que se desarrolla, en la que muere. En ella la historia se coloca en el tiempo de la vida, en el tiempo de la muerte.

La demografía histórica nace en los años cincuenta. Ciencia francesa, emerge del modelo edificado por la bella obra de Pierre Goubert *Les Beauvais et les beauvaisis* y de los métodos inventados por Louis Henry para la reconstitución de familias, que permiten definir con precisión las estructuras de los sistemas demográficos del pasado.

Las técnicas de reconstitución de familias, edificadas a partir de las series de bautismo, matrimonio y defunción de las parroquias católicas, son aplicadas desde las familias más humildes, del campesino al pequeño artesano, del esclavo al agregado, hasta las élites dominantes y permiten, por primera vez, el rescate de estructuras, coyunturas, dinámicas y diferencias sociales de conjuntos humanos enteros, sin distinción. Los estudios realizados en el mundo durante estas últimas tres décadas dieron a conocer de forma rigurosa e interdisciplinaria los padrones de la fecundidad, la mortalidad, la familia, la fuerza de trabajo y las migraciones, bases del descubrimiento de comportamientos colectivos.

Los resultados de los primeros estudios de demografía histórica llevaron casi naturalmente a desbordar la misma. Como la demografía está en el centro de todo (de la economía y del espacio, de la biología y de la ecología, de la vida, del amor y de la muerte) conduce a la sociedad, a la cultura y hasta a la metafísica.

Por otro lado, la demografía histórica está en el origen de las ambiciones que llevan hoy a la historia a lo esencial de la vida humana, esto es, al contenido de la vida, en fin, al contenido de la muerte. Los estudios en ese sentido salieron de las investigaciones demográficas del pasado. Fue copiando los registros parroquiales de matrimonio, por ejemplo, que se tuvo la idea de contar las firmas de los novios. Gracias a esta estadística simple de las firmas, fue escrito el primer capítulo de una antropología cultural, aquella del paso de lo tradicional a la lectura y a la escritura. Aún más, fue copiando también los registros de defunción de las parroquias, que se tuvo la idea de diferenciar los lugares y ritos de los entierros de los muertos, partiéndose para un estudio sistemático y cuantitativo de los testamentos, para responder las problemáticas de la muerte en cada civilización. Los modelos básicos en ese sentido están, una vez más, con Michel Vovelle, Francois Lebrun, seguidos por Philippe Aries y por Pierre Chaunu.

En fin, fue en esa misma transcripción de larga duración, de las series de registros de bautismo en el Brasil que descubrimos una realidad social fundamental y prácticamente desconocida en la formación de nuestro pueblo, la

existencia de legiones de niños ilegítimos y abandonados. Si una mayor austeridad moral de las regiones de la economía campesina de la agricultura de subsistencia del Brasil mostraba índices de 15 a 20% de nacimientos ilegítimos dentro de los niños no esclavos, en las áreas de hegemonía de la agricultura de exportación, bien como en los centros urbanos más densos, los índices son sorprendentes. Por ejemplo, entre los niños que nacían en Minas Gerais en el siglo XVIII, 60 a 70% nacieron fuera de familia legítimamente constituida. En la ciudad de Salvador, Bahía, durante el siglo XIX, cerca del 80% de todos los nacimientos libres, provenían de uniones no sacramentales o legitimadas. Tomando en consideración el segmento esclavo de la población, esos índices pueden llegar al absoluto.

Son resultados de ese tipo los que nos llevan, naturalmente, a preguntas nuevas y a la aproximación con las demás ciencias humanas, en búsqueda de mejores explicaciones para los diversos fenómenos. La demografía histórica encontró, así, una ambición declarada de la historia social: introducir en la historia el conjunto de los olvidados, de los miles de campesinos, de esclavos, de mestizos, de mujeres hasta ese momento desconocidos. ¿Cuál investigación podría, mejor que la demografía histórica, rescatar los nombres de esos anónimos de la historia?

La demografía histórica al servicio de la historia social de América Latina

Los métodos y las técnicas engendrados por la demografía histórica permitieron pues la recuperación de las estructuras y de las mutaciones lentas o más cortas. Al mismo tiempo, emergen a través de la demografía histórica problemáticas y preguntas sobre colectividades y fenómenos del pasado jamás antes formulados. Es en estos dos puntos que situamos la revolución y el éxito provocado por nuestra disciplina.

El análisis de las estructuras de la dinámica demográfica del pasado no sólo aportó conocimiento de los padrones y de la evolución de la fecundidad, de la nupcialidad y de la mortalidad históricas, del tamaño y particularidades de la familia y del grupo doméstico, sino también aportó nuevos aspectos del conocimiento de la humanidad entera, de los dominantes a los dominados, de los letrados a la masa de los analfabetos.

El análisis demográfico recupera la mayoría anónima de nuestros pueblos, esas masas silenciosas que hasta muy poco tiempo atrás no se integraban en nuestra historiografía.

Cuando analizamos con métodos rigurosos, inventados por la demografía histórica, la serie de registros eclesiásticos de bautismos, de matrimonios o de defunciones de nuestra América Latina, estamos conociendo la larga historia de los hombres libres, pero también de los pobres, marginados y dominados; de los blancos como también de los mestizos, indios y esclavos; del hombre y

de la mujer. Ahí radica la primera gran revolución provocada por la demografía histórica al servicio de una historia social más amplia.

En relación con ella hay otra mudanza importante: la posibilidad que la técnica de “la reconstitución de familias” o el examen sistemático de las listas de población o “padrones” antiguos abre para la diferenciación social de los varios segmentos y grupos sociales que compusieron el mosaico de nuestros pueblos en el pasado. Con el auxilio del computador esta posibilidad aumentó enormemente. Podemos, pues, buscar padrones, modelos, características específicas de comportamientos de grupos o categorías que nos interesan. Podemos verificar diferencias, por ejemplo, entre esclavos y libres, entre habitantes del campo y de las ciudades, entre trabajadores de grandes plantaciones o de áreas de agricultura de subsistencia o de cría de ganado; entre indios, mestizos, mulatos y negros, entre hombres y mujeres, etc.

Citemos un ejemplo concreto, a título de ilustración. En el Brasil antiguo, la mortalidad en general era muy elevada. Pero si diferenciamos el estudio de esa mortalidad descubrimos disparidades profundas ante la muerte. Los coeficientes de defunción, para analizar apenas uno de los aspectos más sencillos, variaban de una región a otra, de las áreas de agricultura de exportación a las áreas de minería y de éstas a las áreas de agricultura de alimentos para el consumo interno; de esclavos a libres; de niños a adultos, etc. Los poderosos nunca murieron de la misma forma que los pobres, ni los de origen portugués o europeo en general igual a los de origen africano o indígena.

Otra revolución provocada por los estudios de la demografía histórica entre nosotros radica en la posibilidad que ella abre, de forma universal, sistemática y representativa, para los estudios comparativos. A través de la demografía histórica es posible comparar o diferenciar padrones y comportamientos socio-demográficos de comunidades de esclavos de Puerto Rico por ejemplo, con otras del Brasil o de Cuba. Podemos verificar si los padrones de fecundidad o de familia legítima son semejantes en Lima y en México en el siglo XVIII, o en vastas regiones de América colonial o independiente.

Estos resultados nos llevan pues al segundo aspecto de la revolución que la demografía histórica provocó en las formas de hacer historia, particularmente de historia social. Como ya dijimos, los resultados obtenidos por los análisis demográficos del pasado nos remiten a cuestiones y problemáticas nuevas que exigen, naturalmente, respuestas específicas.

En este punto, las exigencias conducen igualmente a la aproximación de la demografía histórica con otras formas de conocimiento humano. La interdisciplinariedad se establece entre la demografía histórica y la antropología, la sociología, la lingüística, la literatura, el folklore, las artes, la teología, como también la biología, la medicina, la ecología, la geografía, las matemáticas, etc...

Séame permitido una vez más, ilustrar este punto con un ejemplo brasileño.

Cuando comenzamos nuestras primeras investigaciones sobre demografía histórica de la familia brasileña de los siglos XVIII y XIX, descubrimos que de la población libre, una buena parcela de las familias constituidas no era legítima. Prosiguiendo los estudios, ahora de forma diferenciada sobre la familia libre, comenzamos a percibir que el padrón de la familia legítima e indisoluble era casi absoluto entre los blancos, grandes propietarios de la élite dominante. Al contrario de lo anterior, cuanto más se descende en la escala social, cuanto más pobre es la familia y menor su patrimonio, mayor es la frecuencia de familias no legítimas y de casas dirigidas por madres solteras. ¿Cuál es la razón de este comportamiento diferenciado?

La respuesta sólo podría indagarse a través de la aproximación con otras ciencias, especialmente con la antropología y la sociología de la familia. Entre tanto la explicación no es simple como puede parecer a primera vista. Ella precisa buscarse en la interligación de los comportamientos y sistemas de casamiento; en las actitudes ante la familia y el sexo; en los sistemas de herencia y sucesión de bienes; en las diversas formas del mercado matrimonial; en las discriminaciones raciales; en la moral y el derecho canónico; en las formas de posesión y de propiedad de la tierra; etc. Todo ésto nos lleva necesariamente al llamado "tercer nivel", a lo mental, a las sicologías colectivas, a las sensibilidades, a los comportamientos.

Estos son apenas algunos ángulos y reflexiones en torno al tema "demografía histórica e historia social". La solidaridad de las diversas ciencias con la demografía, la búsqueda de convivencia común, para juntas explicar los sistemas de civilización, para recuperar las formas y los contenidos de la vida de las humanidades que nos antecedieron, del vencedor pero también del vencido, de los poderosos, pero sobre todo del oprimido, es cada vez más una ambición y un esfuerzo múltiples, cuyos resultados sólo harán que avance nuestro conocimiento sobre el ser humano en su dimensión temporal, espacial, social, económica, cultural y mental.



Rafael Tufiño, Maternidad, 1951.